

UN ASPECTO DE LA RACIONALIDAD CORPORATIVA DE LA SOCIEDAD RURAL ARGENTINA: EL PROBLEMA DE LA AGRICULTURA, 1866-1930¹

ROY HORA*

LA SOCIEDAD RURAL Argentina todavía no ha sido estudiada en detalle. Es claro, sin embargo, que la mayor parte de los trabajos que la tienen por objeto parten de la hipótesis de que esta entidad se conformó como un grupo de presión vinculado a las clases dominantes argentinas, y que desde su fundación su acción fue decisiva en la orientación de las políticas estatales. Aunque reconoce antecedentes más antiguos, esta interpretación tomó cuerpo académico en el marco de una reflexión más amplia sobre el estancamiento económico y la crisis política, cuando estos temas se colocaron, en los años sesenta, en el centro de un amplio debate entre historiadores, economistas y sociólogos.² Desde distintas perspectivas, que en los años sesenta intentaban reflexionar sobre los obstáculos que los grandes terratenientes pampeanos imponían al desarrollo económico y el cambio sociopolítico, y que en los ochenta sumaron a esas preguntas otras nuevas sobre las relaciones entre las corporaciones y los procesos de construcción de un orden democrático, la intervención de los ruralistas en el campo político ha concentrado la atención de quienes analizaron la Sociedad Rural. Una de las consecuencias de este énfasis fue que, al prestar atención casi exclusiva a su participación en la escena política, la investigación tendió a despreocuparse de la relación entre la corporación y el proceso económico. En muchos casos, el interés de los autores encuadrados en estas perspectivas

¹ Agradezco los comentarios de los miembros del PEHESA en especial los de Juan Carlos Korol e Hilda Sabato. Quiero también agradecer a los integrantes del Taller de Historia Rural del Instituto Ravignani, y entre ellos quiero destacar a Guillermo Colombo, cuyos trabajos me ayudaron a plantear algunas de las hipótesis que aquí se formulan. Mi mayor deuda, sin embargo, es con Julieta del Valle.

* Instituto Ravignani-PEHESA

² Sobre algunos aspectos de este debate, véase Juan Carlos Korol e Hilda Sabato: "Incomplete industrialization: an Argentine Obsession", en *Latin American Research Review*, vol. 25, nro. 1, 1989. Para visiones más abarcadoras del campo cultural, Oscar Terán: *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, y Silvia Sigal: *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

por señalar las vinculaciones concretas entre los miembros de la SRA y los ocupantes de los roles superiores del aparato estatal —resultado en muchos casos de su adhesión a teorías instrumentalistas del poder y del estado— no hizo más que enfatizar este sesgo.³

El hecho de que esta perspectiva se hubiese construido en un contexto caracterizado por un fuerte estancamiento del agro pampeano y por una presencia permanente de las corporaciones en una escena política muy conflictiva es un dato significativo para entender por qué la relación entre la SRA y el sistema político se convirtió en la dimensión analítica central para explicar el comportamiento de la entidad ruralista.⁴ Si un balance de esta producción todavía está por hacerse, es necesario señalar, sin embargo, que algunas hipótesis tributarias de este enfoque quizás deban ser reconsideradas en algunos puntos, en particular cuando son proyectadas hacia el período de expansión agraria que abarca la segunda mitad del siglo pasado y las primeras décadas del presente. En el marco de una agenda de investigación hoy notablemente cambiada, el énfasis en la dimensión política del accionar corporativo parece incapaz de aprehender aspectos sustanciales de ese proceso histórico.

En las últimas dos décadas, los trabajos más renovadores en historia económica han reformulado profundamente la visión que tenemos de la economía argentina en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. Contra la historiografía de los años sesenta —signada por interpretaciones “tradicionales” o “institucionalistas”— los nuevos trabajos han puesto en el centro de sus preocupaciones el problema de la dinámica de una de las expansiones agrarias más exitosas del mundo, sin considerarla meramente como un dato, o alternativamente, como el preanuncio de su estancamiento posterior.⁵ Esta profunda revisión de las interpretaciones sobre el agro

³ Para trabajos representativos de estas visiones véase, Peter Smith: *Carne y Política en Argentina*, Buenos Aires, 1966, y “Los radicales argentinos y la defensa de los intereses ganaderos”, 1916-1930”, en *Desarrollo Económico*, vol. 7, nro. 25, abril-junio de 1967; Dardo Cúneo: *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, Buenos Aires, Pleamar, 1967; Mirta Palomino: *Tradicción y Poder: La Sociedad Rural Argentina (1955-1983)*, Buenos Aires, CISEA-GEL, 1988. La principal historia oficial de la SRA es la de Jorge Newton: *Historia de la Sociedad Rural Argentina*, Buenos Aires, 1966. Una evaluación más detallada de esta producción puede verse en Luigi Manzetti: “The Evolution of Agricultural Interest Groups in Argentina”, *Journal of Latin American Studies*, 24:3, 1992.

⁴ Una discusión del problema del estancamiento agrario, en Osvaldo Barsky: “La caída de la producción agrícola en la década de 1940”, en Osvaldo Barsky et al.: *La agricultura pampeana. Transformaciones productivas y sociales*, Buenos Aires, FCE/IIICA/CISEA, 1988. Véase también, Hilda Sabato: “Estructura productiva e ineficiencia del agro pampeano, 1850-1950: un siglo de historia en debate”, en: Marta Bonaudo y Alfredo Pucciarelli (compiladores): *La problemática agraria. Nuevas aproximaciones*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, tomo III.

⁵ Para una evaluación de la interpretación “institucional”, así como de algunas de sus diferencias internas, Eduardo Míguez: “Expansión agraria de la Pampa Húmeda (1850-1914). Tendencias recientes de sus análisis históricos”, Anuario IHES, I, UNCPBA, 1987. Un análisis de la “visión tradicional” de la estructura social y productiva pampeana en Osvaldo Barsky y Alfredo Pucciarelli: “Cambios en el tamaño y el régimen de tenencia de las explotaciones agropecuarias pampeanas”, en Osvaldo Barsky (compilador): *El*

pampeano ha focalizado en el análisis de la dinámica de mercado, así como en la racionalidad de los agentes económicos y las unidades de producción.

Como resultado de este giro, el marco institucional —estatal y privado—, que había sido uno de los tópicos básicos de los paradigmas interpretativos de los años sesenta, quedó descuidado, y con él, el análisis de las corporaciones agrarias, que todavía permanece tributario de las imágenes construidas en ese entonces. Es así que la historiografía actual sobre temas agrarios combina un fuerte énfasis en la dinámica mercantil de la economía con un igualmente acusado sesgo politicista, heredado de los debates nacidos en los años sesenta, cuando se trata de analizar las instituciones.

Las páginas que siguen quieren contribuir a revisar algunas de estas imágenes, inscribiendo el análisis institucional en el contexto de las nuevas visiones sobre el mundo rural pampeano. Para ello, en este artículo enfatizaremos un aspecto todavía poco estudiado: las actividades de extensión técnica de la Sociedad Rural Argentina. Desde esta perspectiva, estudiaremos las razones que llevaron a sus dirigentes a conceder mayor importancia a la ganadería que a la agricultura en su discurso y en sus prácticas.⁶ Trataremos de mostrar que estas razones no sólo están ligadas a la importancia de la ganadería para los miembros de la Sociedad Rural, sino que también se vinculan con la capacidad de la entidad para incidir de modo directo, a través de sus prácticas de extensión técnica, en el rumbo que adoptaba ese sector, posibilidad que no se presentó en la agricultura. Como veremos, las diferencias en los mereados proveedores de insumos —en especial, de tecnología— en cada una de estas actividades contribuyeron a definir la orientación de la Sociedad Rural hacia la ganadería, que resultaría así tanto de una lógica institucional determinada por el perfil productivo de sus asociados como de otros aspectos, entre los que los propiamente organizacionales ocupan un lugar destacado.

desarrollo agropecuario pampeano, Buenos Aires, GEL, 1991. Consúltese también Hilda Sabato: "Estructura productiva..." Entre los trabajos más importantes de esta corriente de interpretación se encuentran Horacio Giberti: *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985; Peter Smith: *Came y política...*, y James Scobie: *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1968.

⁶ Sobre la expansión agrícola, además de los trabajos citados en la nota anterior, pueden consultarse entre otros: Horacio Giberti: *El desarrollo agrario argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 1970; Ezequiel Gallo: *La pampa gringa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983; Roberto Cortés Conde: *El progreso argentino, 1880-1914*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979; Noemí Girbal de Blacha: *Historia de la agricultura argentina a fines del siglo XIX (1890-1900)*, FECIC, 1982; Alfredo Pucciarelli: *El capitalismo agrario pampeano, 1880-1930*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986; Romain Gaignard: *La pampa argentina*, Buenos Aires, Solar, 1989; Jeremy Adelman: *Frontier development: land, labour and capital on the wheatlands of Argentina and Canada, 1890-1914*, Tesis de Doctorado, St. Anthony's College, Oxford, 1989, y Jorge F. Sábato: *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*, Buenos Aires, CISEA/Imago Mundi, 1991.

AGRICULTURA Y GANADERÍA EN LA SOCIEDAD RURAL

Desde la fundación de la Sociedad Rural en 1866, muchos defensores entusiastas de las virtudes y la importancia de la agricultura miraron a esta institución con simpatía y algunos de ellos ocuparon en la misma un lugar expectable. La Sociedad se cobijó bajo el lema “cultivar el suelo es servir a la Patria” y se propuso ya en las bases de su fundación “estudiar los medios de combinar [el pastoreo] con la labranza.” El propio Sarmiento, que —a partir de su experiencia norteamericana— veía en la agricultura no sólo una actividad técnicamente más elevada que la ganadería sino también un elemento básico de un proyecto de transformación social de signo democrático, fue partidario entusiasta de la formación de la SRA, y poco después fue declarado, junto a reconocidos científicos, uno de sus socios honorarios.

Sin duda, la posibilidad de compatibilizar las propuestas de la Sociedad Rural con las de figuras como Sarmiento se basaba menos en la voluntad de representación de los intereses terratenientes bonaerenses que la Sociedad sostenía, que en la formulación por los ruralistas de un ambicioso programa de transformación del mundo rural que reconocía una fuerte impronta intelectual, y que apartándose del pragmatismo que dominaba a ese sector tan decisivo de la economía y la sociedad, se conformaba como parte del ideario modernizante que marcaba el tono de aquellas décadas. Esto le imprimió su sello distintivo a la SRA y le permitió hallar un lugar para la agricultura, desmedido en relación a su importancia en la producción bonaerense, pero testimonio efectivo de preocupaciones compartidas con otros sectores letrados, entre quienes esta actividad tenía un prestigio muy grande ya desde fines del siglo XVIII.⁷

Es preciso señalar que, a pesar de la presencia de la agricultura en el espectro de temas que inquietaban a los ruralistas, en sus primeras dos décadas de vida —signadas por la expansión lanar en Buenos Aires—, la mayor preocupación de la SRA fue por la ganadería, y esto es fácil de comprender: salvo en algunos partidos vinculados al abasto urbano, como Chivilcoy, Bragado, 9 de Julio o 25 de Mayo y en las quintas ubicadas en torno a la ciudad capital, en especial en la costa norte, la agricultura se encontraba todavía lejos de la provincia, en las tierras de frontera santafesinas, y no constituía una opción atractiva para los grandes productores de Buenos Aires. Como indicó Horacio Giberti, en estos años se encuentran en los *Anales de la Sociedad*

⁷ Tulio Halperin Donghi: “Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)”, en Tulio Halperin Donghi: *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987; Tulio Halperin Donghi: *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1986, cap. VI.

Rural Argentina, en boca de Eduardo Olivera y otros miembros caracterizados de la Sociedad, repetidas alusiones al atraso agrícola del país y a la necesidad de superarlo; pero estas afirmaciones están aunadas a la advertencia de que la modificación de ese estado de cosas no podía hacerse a costa de trabar el desarrollo de la ganadería o cuestionar los intereses de los terratenientes.⁸ En estas condiciones, y a pesar del prestigio que tenía la agricultura como elemento de civilización, toda medida de estímulo de la producción agraria en tierras bonaerenses debía naufragar debido a la ausencia de fuerzas sociales con el peso suficiente como para cuestionar la orientación pastoril de la economía bonaerense, que aparecía firmemente sostenida sobre la mayor rentabilidad de la actividad ganadera. Esta certeza se evidenciaba ya en el momento de constitución de la Sociedad, cuando se afirmaba que “la República Argentina, y sobre todo Buenos Aires, no tiene sino un ramo de industria que vigore y dé existencia a la sociedad entera. Este ramo es el pastoreo.”⁹

Esta situación se transformaría parcialmente en los años ochenta, y más claramente en los noventa. Desde entonces, el ganado ovino empezó a retroceder como consecuencia de cambios en los precios relativos, que comenzaron a favorecer a la hacienda bovina refinada y a los cereales. Rápidamente, éstos se expandieron paralelos en la provincia. En esos años, el debate y la información sobre tópicos relacionados con la agricultura se hizo presente con más fuerza y mayor pertinencia en los *Anales*: se discutió y evaluó la conveniencia de seguir tales o cuales modalidades del cultivo (los sistemas de gestión, las variedades de granos y forrajes a utilizar, los rendimientos posibles, etc.) para incentivar un proceso de crecimiento de la producción agrícola que efectivamente estaba tomando fuerte impulso.

Los trabajos sobre agricultura aparecidos en las dos primeras décadas de vida de *Anales* solían ser traducciones de obras extranjeras o intentos de aplicación más o menos directa de esos conocimientos al medio local: esa información sobre la agricultura en Bélgica, sobre floricultura, cultivo de la viña o del tabaco difícilmente podía despertar un interés entusiasta en los hacendados bonaerenses. Desde los años ochenta, en cambio, las colaboraciones comenzaron a reflejar crecientemente un saber que combinaba cada vez más ese conocimiento producto de la frecuentación de obras eruditas de agronomía extranjera con una experiencia práctica en las labores

⁸ Horacio Giberti: *Historia...*, cap. V. Esta posición se hizo evidente cuando se suscitó el conflicto por el proyecto de expropiación de tierras de pastoreo en Bragado, para destinarlas a la agricultura, dividiéndolas en lotes de menor extensión. Véase Marta Valencia: “La vanguardia de la Sociedad Rural y su actuación parlamentaria”, en Marta Bonaudo y Alfredo Pucciarelli (compiladores): *La problemática agraria...*, tomo I, p. 130.

⁹ “Discurso de inauguración”, en *Anales*, vol. I, nro. 1, 30/9/66, p. 4. En el mismo sentido, el artículo de Olivera: “Nuestra industria rural en 1866”, en: *Miscelánea. Escritos económicos, administrativos, ecónomo rurales, agrícolas, ganaderos, exposiciones, discursos inaugurales y parlamentarios, viajes. correspondencia, historia y legislación*, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1910, p. 112.

agrícolas. A la mayor pertinencia de las colaboraciones se sumaron también, otras iniciativas. En la Exposición de 1890, la agricultura tuvo un espacio propio, ya que se construyó un pabellón de 130 metros de largo y 22 metros de ancho que, en sus tres pisos, alojó productos agrícolas.¹⁰ En esos años, *Anales* comenzó a editar un calendario agrícola a cargo de Vicente Peluffo, un destacado socio, productor y comerciante en este rubro. Poco tiempo después, en 1897, la Sociedad repartió folletos sobre semillas de trigo entre los agricultores.¹¹

Como es posible observar, la Sociedad Rural no se opuso a la expansión de la agricultura, sino que, por el contrario, se propuso estimularla, organizando tareas de extensión para la agricultura, al igual que venía haciendo para la ganadería. Su mayor apuesta se produjo algunos años después, en 1903, cuando realizó una exposición en Palermo, en el mes de mayo, que era básicamente para productos agrícolas. Refiriéndose a ella, el presidente Ramos Mexía sostenía que con la iniciación de exposiciones agrícolas se proponía colocar a esta rama de la producción en igual rango que a la ganadería dentro de la entidad.¹² A pesar de este esfuerzo, los testimonios son coincidentes en que los resultados prácticos de la exposición fueron desalentadores. El Ministerio de Agricultura sostuvo que “no puede decirse que la última exposición de agricultura y ganadería organizada por la SRA llenó en absoluto los fines que empeñosamente se buscan entre nosotros”.¹³ La Liga Agraria, por su parte, señalaba que “en la exposición inaugurada el concurso de los agricultores en general es deficiente”.¹⁴ La prensa diaria fue de la misma opinión.¹⁵ La exposición agrícola no se celebró al año siguiente y el impulso que las había originado feneció.

Esta situación se repitió en los casos en que las sociedades rurales del interior, surgidas muchas de ellas en la última década del siglo, se dispusieron a sostener actividades de apoyo al cultivo de la tierra. La Sociedad Rural Santafesina llevó a cabo, también en 1903, una exposición que no tuvo mejor suerte que la efectuada en la Capital Federal. Al informar sobre la exposición, Hugo Miatello, uno de los técnicos más prestigiosos del Ministerio de Agricultura, resaltaba tanto la importancia y el éxito del evento para la ganadería como la ausencia de los agricultores, y se lamentaba porque reconocía “que los propósitos dignos, los anhelos vehementes, las justas

¹⁰ Emilio Frers: *El progreso agrícola de la Nación y la Sociedad Rural Argentina; reseña histórica*, Buenos Aires, Gadola, 1916, p. 116.

¹¹ *Review of the River Plate (RRP)*, 7/8/97, pp. 32-33.

¹² Memoria de 1903, en *Anales*, año XXXVIII vol. XXXVII, nro. 8, 31/8/1903, p. 1037.

¹³ “La Exposición de Agricultura”, en *Boletín del Ministerio de Agricultura (BMA)*, año III, 15/8/1903, nro. 63, p. 811.

¹⁴ *Boletín de la Liga Agraria (BLA)*, año VII, Tomo VI, nro. 10, 1/6/1903, p. 298.

¹⁵ *La Nación* también sostuvo que “el concurso de los agricultores en general es deficiente”. *La Nación* 27/5/1903, p. 3. Véase también *La Nación* del 4/6/1903, p. 3, y del 17/6/1903, p. 6, y *La Prensa*, 27/5/1903, p. 6; 29/5/1903, p. 3 y 31/5/1903, p. 6. Puede consultarse también *RRP*, 17/9/04, p. 603.

aspiraciones de la Sociedad Rural Santafesina no han sido secundadas como debían serlo por los agricultores.”¹⁶

Como resultado de estos fracasos, a pesar de la notable expansión agrícola de comienzos del siglo XX en tierras bonaerenses antes consagradas al pastoreo, la gran exposición de Palermo siguió siendo un evento para los productos ganaderos, y de igual forma, las sociedades rurales de la campaña y el interior, como la de Santa Fe, repitieron ese patrón. En los años que siguieron, las invocaciones de la dirigencia de la Rural a estimular y fomentar la ampliación y la mejora del cultivo no desaparecieron, pero no se tradujeron en resultados prácticos o en actividades concretas. Algunos años después, en una obra que contaba su historia, la propia corporación reconocía que “es de justicia recordar que los progresos extraordinarios de la ganadería en cantidad y calidad son en gran parte obra directa suya [...] Por lo que hace a la labranza, no ha sido menos empeñosa su obra, aunque si menos directa.”¹⁷

¿Cómo entender este resultado? ¿Por qué la agricultura no había prendido con fuerza en la SRA? El énfasis de la SRA en la ganadería se ha relacionado habitualmente con la centralidad de la misma para el sector dominante del mundo rural, el de los grandes propietarios, al que la Sociedad estaba ligada más directamente. En esta hipótesis, el desarrollo de la producción agrícola habría quedado en manos de productores más pequeños —básicamente, chacareros arrendatarios, pero también de una amplia gama de agricultores encuadrados en otros tipos de relaciones productivas—, por lo que la despreocupación de la SRA se habría fundado en la ausencia de relaciones directas entre los terratenientes y la producción agraria, salvo, por supuesto, como perceptores de distintas formas de renta. Por ello, la agricultura habría sido ajena a la Sociedad Rural.

Considerado estrictamente, este razonamiento tiene un límite muy obvio: es más apropiado para explicar las razones de la indiferencia ruralista por la agricultura que los motivos que los llevaron, en un momento determinado de su historia, a organizar tareas de fomento y a preocuparse por el desarrollo agrícola. Si esta explicación, al destacar el peso de la ganadería en las actividades productivas de los grandes terratenientes, permite señalar algunos límites del interés de la Sociedad por la agricultura, no es capaz de explicar ese interés mismo, que resulta necesario considerar. Es preciso, entonces, revisar siquiera parcialmente los fundamentos de la afirmación que sostiene que la ausencia de la agricultura de los intereses productivos de los socios de la Rural habría signado el carácter ganadero de la asociación.

En primer lugar, es preciso señalar que la vinculación exclusiva entre ganadería y gran propiedad es un punto todavía algo oscuro, y una relación muy estricta qui-

¹⁶ “La exposición rural de Rosario”, en *BMA*, Tomo III, 1903, p. 1067.

¹⁷ Frers: *El progreso agrícola...*, p. 172.

zás debiera discutirse. La imagen de una agricultura subordinada a la mejora de las praderas ganaderas, actividad que determinaba la organización de la producción en las grandes explotaciones, fue objeto de muchos debates, sin que por esto haya sido explorada empíricamente de modo convincente. En las últimas décadas, se ha insistido bastante en la existencia de explotaciones organizadas de modo capitalista en la agricultura, y el peso social y productivo de la producción agrícola familiar se ha visto cuestionado. En este debate, Alfredo Pucciarelli fue quien destacó con mayor énfasis la presencia de una agricultura independiente de la ganadería, organizada bajo relaciones de producción capitalistas. Aunque afirmó la existencia de una fracción de la burguesía agraria vinculada a la agricultura, distinta de la cúpula conformada por los grandes ganaderos, las evidencias que sostienen su argumento parecen insuficientes para postular la hipótesis de la especificidad de esta clase, porque su supuesta presencia productiva independiente no parece haberse articulado con expresiones corporativas, políticas o culturales propias.¹⁸ Si bien el debate no está cerrado, no se intentará intervenir en esta discusión, porque ello requeriría de un análisis de la estructura productiva que escapa a la problemática aquí planteada. Es preciso señalar, sin embargo, que esta discusión es necesariamente uno de los puntos de partida obligados si se trata de analizar, como en el caso que nos interesa, el problema de la agricultura en una corporación que agrupaba primordialmente a grandes propietarios.

En este sentido, y aunque no contamos con una información acabada al respecto, ni con la posibilidad de ponderarla cuantitativamente, no es posible ignorar que ciertos indicios hacen posible sostener que asociados de la SRA también se dedicaban al cultivo, no sólo mediante el sistema de arrendamientos, sino también por gestión directa. Algunas descripciones de empresas de miembros de la SRA —aunque no necesariamente de la empresa en su conjunto— permiten afirmarlo.

Así, por ejemplo, la estancia “Chapadmalal”, de Miguel Martínez de Hoz, poseía en 1897, 2000 hectáreas sembradas con trigo.¹⁹ En el sur de la provincia de Córdoba, zona de engorde y cultivo de alfalfa, Pedro Funes poseía una propiedad que, a fines de la década del noventa tenía, según Carlos Lix-Klett, 10.000 hectáreas en cultivo y que empleaba hasta 200 peones durante la cosecha. La mecanización del establecimiento “La Paz” era apreciable.²⁰ El relato de Lix-Klett no menciona arrendatarios. La estancia bonaerense “El Venado”, de Felipe Senillosa,

¹⁸ Véase Pucciarelli: *El capitalismo...*, especialmente caps. III, IV y V. Una crítica a este trabajo en Hilda Sabato: “La cuestión agraria pampeana...” Para el caso de la agricultura santafesina, véase Ezequiel Gallo: *La pampa...*, donde también se insiste en la independencia de la agricultura respecto de la ganadería.

¹⁹ Roberto Campolieti: “Mi excursión agrícola al Mar del Plata”, en *La Agricultura (LA)*, año V, nro. 213, 28/1/97, pp. 58-59.

²⁰ “La Paz” contaba con “más de 15 guadañadoras Albion nro. 5, Wood y Mac Cormick. Las prensas [...] son, la Whitman y la renombrada Eli, la trilladora y motores son de la casa Fortes”. Carlos Lix Klett: *Estudios sobre producción, comercio y finanzas de la República*, tomo II, pp. 1310-1314.

al igual que "La Paz", también se dedicaba parcialmente a la agricultura por gestión directa con trabajo asalariado.²¹ Según la misma fuente, Juan B. Mihura tenía, por su parte, "mil cuadras (unas 1700 hectáreas) mas o menos de lino y trigo", además de "gran cantidad de tierra cultivada".²² Estas descripciones parecen responder más a un modelo que se extendía a principios de siglo, que a una excepción solitaria; Herbert Gibson, por ejemplo, opinaba que la tendencia a organizar explotaciones mixtas, ganaderas y agrícolas (dividiendo las tierras y cultivando parte con arrendatarios y parte por gestión directa) se extendía en esos años.²³ Por otro lado, es de temer que el mayor prestigio de las actividades ganaderas, evidente en cualquier testimonio de época, tienda a subestimar la importancia de la agricultura en estos y en otros establecimientos. Que ésta era destacable parece indicarlo el que, algunos años más tarde, cuando el Ministro de Agricultura Elcodoro Lobos presentó un proyecto de creación de un Banco Agrícola, trazó un esquema de los grupos sociales existentes en la "región de los Cereales" en la que se encontraban en la cima los "terratrattamientos acaudalados que disponen de todo lo necesario para su explotación agrícola", por sobre un abigarrado conjunto de propietarios más pequeños, arrendatarios y colonos.²⁴

Hay otro aspecto más preciso y más importante, indicativo de las orientaciones productivas de los miembros de la SRA: junto a otros agricultores de orígenes sociales mucho más oscuros, sus socios fueron distinguidos en varias exposiciones por sus productos agrícolas. En la Nacional de 1898, varios de ellos —M. López,

²¹ *Ibid.*, tomo II, p. 1185.

²² *Ibid.*, tomo I, p. 1077.

²³ Véase "Argentine farming", en *RRP*, 12/11/1904, p. 1035. Aunque el punto no está claro, el propio Eduardo Olivera, fundador y presidente honorario de la Sociedad, parece haber participado en el cultivo y la industrialización del trigo. Véase *Anales*, año XLIII, vol. XLII mayo-junio de 1908, p. 40. Es razonable suponer, además, que la creciente elasticidad de la oferta de fuerza de trabajo rural desde principios de siglo, acompañada de la baja de salarios (que Jeremy Adelman ha mostrado en: *Frontier development...*, cap. 4) también debió haber ayudado a los propietarios a desplazar los sistemas de arrendamiento en favor de la gestión directa, incorporando fuerza de trabajo asalariada, y, como consecuencia, a la agricultura de modo más pleno a sus empresas. Si hasta entonces éstas habían funcionado mediante el sistema de arrendamiento trienal, el desplazamiento hacia la contratación de fuerza de trabajo asalariada les habría otorgado también, presumiblemente, mayor capacidad de decisión sobre la organización de la empresa. Como ha señalado Juan Manuel Palacio, el tradicional arrendamiento trienal tenía la desventaja de que podía quitarle flexibilidad y rapidez a las decisiones empresarias, limitando la capacidad de la empresa de orientar sus actividades en función de los cambios en los mercados. En estas condiciones, la explotación de fuerza de trabajo asalariada podía contribuir también a darle mayor versatilidad a las empresas, al desligarlas del cumplimiento de contratos de mediano plazo. Véase Juan Manuel Palacio: "Notas para el estudio de la estructura productiva en la región pampeana. Buenos Aires. 1914-1937", en *Ruralia*, nro. 3, junio de 1992.

²⁴ El mensaje y el proyecto aparecen en: "Banco Agrícola de la Nación. Cooperativas Agrícolas. Prenda y Warrants Agrícolas", *Anales*, año XLVI, vol. XLVI, nro. 3 y 4, mayo a agosto de 1911, pp. 98-114.

F. Ayerza, S. Unzué, L. Moléres, P. Prieto, L. Costa, F. Senillosa— obtuvieron premios por su trigo y su maíz.²⁵ En la ya citada de 1903, esta situación volvió a repetirse: Demarchi, Alvear, Santamarina, Ginocchio, Cibils, Peluffo y Atucha fueron premiados por la calidad de sus prácticas agronómicas. Carlos Guerrero y Benjamín Giménez Paz también compitieron, pero sin éxito.²⁶ En eventos internacionales, los ruralistas también obtuvieron algunos triunfos; en 1902, José M. Malbrán, futuro presidente de la Sociedad, habría de ser premiado por su trigo en la exposición internacional de Chicago.²⁷ El interés de algunos socios por la agricultura también merece destacarse. Tradicionalmente desestimado, era fuerte y de antigua data. Federico Cibils, por ejemplo, comenzó a cultivar maíz en 1892 y fue el introductor de las semillas estadounidenses al país, que destinó a sus explotaciones. En 1895, escribió en varias oportunidades sobre las características de este cultivo, volcando “observaciones recogidas personalmente en tres años de un cultivo intensivo y extensivo de este grano.”²⁸

A partir de estos elementos —la presencia de la agricultura en los establecimientos de ciertos socios de la Rural, la participación activa de algunos de ellos en concursos agrícolas— parece posible concluir que la agricultura formaba parte de los intereses productivos de (al menos) algunos de los asociados caracterizados de la SRA, y que entonces, la intención de apoyarlos y asesorarlos resulta razonable. Esto, claro está, no implica establecer una categoría de preeminencia por sobre la mucho más decisiva ganadería, pero permite integrar mejor a la explicación la atención prestada por la Sociedad a las tareas de fomento agrícola.

Pero también, y de modo paralelo, es preciso considerar un segundo aspecto, quizá de mayor relevancia, porque coloca el problema en el nivel del proyecto institucional de la Sociedad y no en el de los intereses específicos de sus socios considerados individualmente. El hecho de que, en tanto emprendimiento corporativo que excedía como tal los intereses más estrictos de un núcleo de grandes productores, para proponerse como una vanguardia que quería poner en relación esos intereses con los de otros sectores del mundo rural —construyendo así un proyecto para el conjunto del sector propietario—, la preocupación de la Rural por la agricultura debía necesariamente pasar a ser más amplia que la que podía manifestar estrictamente el sector más poderoso del agro pampeano. Ya desde su origen, en tanto se postulaba como vanguardia organizativa e ideológica del mundo rural, la Sociedad tenía por proyecto construir un discurso y unas prácticas que comprendiesen a todas

²⁵ Carlos Lix Klett: *Estudios...*, tomo I, p. 784.

²⁶ “La exposición agrícola de mayo” en *Anales*, año XXXVIII, vol. XXXVII, nro. 6, 1/6/1903, pp. 853-892.

²⁷ “La estancia ‘San Juan’ en Pehuajó”, en *El campo y el sport*, 4/12/1902, p. 578.

²⁸ F. Cibils, “El cultivo del maíz”, en *LA*, año III, nros. 131, 132, 133, 135 y 141. La cita es del nro. 134, 25/7/95, p. 571. Sobre Cibils y el cultivo del maíz, también *LA*, año XI, nro. 539, 28/5/03, p. 379.

las actividades que fuesen significativas en el agro pampeano, y no solamente a las ganaderas.²⁹

Este proyecto, en lo que se refiere a la agricultura, tardó años en tomar cierta forma; pero como vimos, cuando la agricultura comenzó a instalarse en la provincia de Buenos Aires, los ruralistas vieron llegar el momento de incorporarla más plenamente a sus preocupaciones. Esta incorporación acompañó a la consolidación de la legitimidad de la Sociedad, que la entidad había comenzado a afirmar desde mediados de los años ochenta, cuando inició, luego de dos décadas de búsquedas inciertas y titubeos, un fuerte crecimiento de su masa societaria que, aunque interrumpido a principios de los noventa, se continuó con fuerza poco después.³⁰ Hecho significativo, la afirmación de la Sociedad como entidad corporativa, que este aumento de sus afiliados evidencia, se había dado en el marco de la fortísima transformación de la estructura productiva bonaerense (aparición de nuevas razas ovinas productoras de carne y lana, difusión de las praderas artificiales, mejoramiento de los rodeos, expansión de la agricultura), y su reconocimiento social corrió paralelo a las nuevas dificultades técnicas que debieron enfrentar las actividades rurales, que crearon mejores condiciones para la circulación de un discurso de fuerte énfasis en lo técnico y para la ampliación de actividades de extensión. Los intentos de organizar exposiciones agrícolas se inscribieron precisamente en este proyecto, y la Sociedad pretendió integrarlas a su calendario habitual de actividades. Desde esta perspectiva, la voluntad de la Rural de encuadrar, si no a todos los agentes productivos del sector rural, por lo menos a todos los rubros de actividad, es manifiesta.

Sumando estos argumentos, que remiten, por un lado, a la presencia de la agricultura en las empresas de los socios, y por el otro, a la construcción de una identidad corporativa propia, de la que la agricultura no estaba necesariamente excluida *a priori*, se impone concluir que las razones del énfasis casi exclusivo de la SRA en la ganadería —después de sus intentos de darle un espacio mucho más significativo a la agricultura— debieran analizarse más en términos de fracaso que de manifiesto y llano desinterés.

²⁹ Tulio Halperin Donghi: *José Hernández...*, cap. vi.

³⁰ Sólo a mediados de la década del setenta, la Rural logró superar los trescientos asociados. Diez años más tarde, la cantidad sólo llegaba a cuatrocientos. A fines de la década del ochenta, esa cifra se duplicó. Después de una caída muy pronunciada en la primera mitad de los años noventa —ligada, en parte a los efectos de la crisis económica general que golpeó fuertemente a la entidad, reduciendo a menos de trescientos la lista de socios— la Sociedad creció velozmente hasta alcanzar los cinco mil socios a mediados de los años veinte. El crecimiento de la masa societaria desde mediados de los años ochenta, a pesar de sus alibajos de comienzos de los noventa, contrasta notablemente con su evolución en las dos primeras décadas de existencia, en las que sus dificultades para dotarse de una base amplia se vieron, muy a pesar suyo, sistemáticamente frustrados.

LA DIFUSIÓN DE TECNOLOGÍA: LA FUNCIÓN DE LAS EXPOSICIONES

Para entender este fracaso es preciso, en consecuencia, mirar aspectos poco considerados, y aquellos ligados a los problemas técnico-económicos de la producción agrícola y a la lógica corporativa de la SRA parecen pertinentes para explicar su fuerte orientación hacia la ganadería. Porque el mayor empeño depositado en la transformación de la ganadería se relaciona no sólo con la importancia de la actividad para los socios de la Rural, sino también con la capacidad de la entidad para desempeñar un papel positivo en la orientación de ese sector de la producción. En el agrícola, en cambio, su capacidad fue menor, y esto estuvo ligado a la mayor simplicidad técnica del proceso de cultivo, producto del uso intensivo del factor tierra en relación al capital y a la mano de obra, que dominaba en todas las explotaciones, incluso en las más intensivas en capital. El resultado fue que, a diferencia de lo que sucedía en la ganadería, las recetas que los ruralistas extraían de su conocimiento de las sociedades agrarias más desarrolladas del mundo se revelaron inadecuadas para organizar actividades de extensión técnica en la agricultura, y se mostraron, al mismo tiempo, como un obstáculo para comprender la racionalidad del heterogéneo grupo de actores económicos de la agricultura pampeana.

Una vez que la agricultura comenzó a adquirir peso propio en la provincia de Buenos Aires, consolidándose a principios de siglo el modelo de organización social y técnica de la producción que de allí en más habría de caracterizarla por décadas, los intentos de la SRA de incidir sobre las características del cultivo se revelaron infructuosos. Sí era cierto, como afirmaba Carlos Lemée, que en la agricultura pampeana “el rendimiento es poco, pero la extensión del área sembrada viene a compensar la escasez de rendimiento en el balance final [...] La agricultura extensiva conviene a países como el nuestro”,³¹ la consecuencia difícilmente evitable era que el programa de extensión técnica agrícola ideado por los ruralistas —que insistía en la necesidad de dirigir la agricultura pampeana hacia un uso más intensivo del capital y de la fuerza de trabajo, como venía sucediendo en las agriculturas cerealeras de exportación del hemisferio norte— iba a tener severísimas dificultades para generalizarse tanto entre los pequeños como entre los grandes productores. Una vez superada, luego de los años noventa, la etapa de ajuste en la que se hallaron las fórmulas productivas y sociales adecuadas para extender el modelo de agricultura tierra intensiva en la provincia —etapa que dio origen al deba-

³¹ Carlos Lemée: *Curso ilustrado de agricultura. II. Agricultura*, La Plata, Sesé y Larragaña, 1905, p. 5.

te y a las distintas iniciativas de la Sociedad a los que nos referimos previamente, el cultivo se diseminó velozmente sin que sufriese mayores transformaciones en los años posteriores, haciendo estéril todo intento de incidir sobre la forma que había adoptado.

Esta situación está planteada en una intervención de Abel Bengolea, una de las figuras más destacadas de la SRA, que en 1908 expresa, como ya se había hecho antes, “en elocuentes términos el deseo de que esta institución consagrara una mayor proporción de su poder, influencia y prestigio nacionales, al fomento de la agricultura, tratando de ejercer sobre ella una tutela asidua, inmediata, en la forma y medida en que la ejerce sobre la industria pastoril”, y aunque se quejaba de que la productividad por hectárea en la Argentina era menor que en otras regiones graníferas del mundo, no podía dejar de reconocer que “gracias a la bendita tierra, todos son chacareros y la cosa marcha”, lo que, ciertamente, tornaba superfluas muchas de las lecciones que los ruralistas creían necesarias.³² En el marco de una agricultura en la que se denunciaba una y otra vez una enorme rusticidad, cada vez que la cosecha por venir prometía ser la más grande en la historia argentina, los llamamientos a modificarla, encuadrando al mundo del cultivo tras los dictados vanguardistas de la Sociedad Rural, estaban destinados al fracaso.

A esta altura, la comparación con la evolución técnica de la ganadería es conveniente, porque del éxito relativo de las tareas de extensión de la SRA en cada una de estas actividades se pueden sacar conclusiones de utilidad. Vistas retrospectivamente, las exposiciones ganaderas pueden parecer más apropiadas para un análisis que tenga por objeto investigar los modos de sociabilidad de las elites locales y sus relaciones con el poder político que para una interrogación atenta a su racionalidad desde un punto de vista económico. En repetidas oportunidades, la bibliografía existente le ha prestado mayor atención a los discursos que inauguraban las exposiciones de Palermo y a los asistentes a esos actos que a su estructura y funciones. La existencia misma de las exposiciones, empero, debe ser explicada; su permanencia a lo largo del tiempo, sus dimensiones y la importancia que le asignaron los ruralistas, requieren que las exposiciones sean entendidas no sólo como el lugar privilegiado de enunciación de las demandas agrarias de cara al poder político, sino también como parte fundamental de las estrategias de extensión técnica y de reproducción material de la Sociedad. Desde esta perspectiva, aquí enfatizaremos cómo las exposiciones-ferias se convirtieron en el eje del mecanismo destinado, por una parte, a la difusión de las mejoras genéticas y de las técnicas de gestión necesarias para producir en las condiciones que impuso la demanda externa y, por otra, a articular las necesidades de los distintos productores rurales, de los grandes cabañeros y de la propia institución.

³² “La Agricultura y la Sociedad Rural”, *Anales*, año XLIII, vol. XLII, septiembre-diciembre de 1908, p. XIII.

Así consideradas, las exposiciones sirvieron como centros orientadores de los nuevos criterios zootécnicos, y a través de ellas los productores tomaron conocimiento de los nuevos instrumentos y técnicas de producción.³³ Al mismo tiempo cumplieron una función orientadora y resolvieron la parte central del problema de cómo asegurar la circulación y la transferencia efectiva de las innovaciones a un universo de productores diseminado en una superficie extensa y dotado de calificaciones y conocimientos agronómicos desiguales. Por medio de las exposiciones, la SRA estimuló la incorporación de reproductores de *pedigree* y señaló aquellas razas que consideraba más adecuadas, a la vez que hizo circular los resultados de las investigaciones e informaciones para el control de plagas y enfermedades, volvió obligatorias determinadas normas de policía sanitaria para la participación en estos eventos, difundió folletos, etc.³⁴ Evaluando su importancia, la *Review of the River Plate* sostenía que "las exposiciones de ganado vacuno sintetizan los esfuerzos de la Argentina para centralizar y generalizar los conocimientos más recientes y más útiles respecto a las tendencias del mercado, a la evolución del negocio y respecto a todo lo que se necesita, posee, puede conseguirse o falta en esta o aquella rama de la ganadería."³⁵

Las exposiciones tenían, como es sabido, un animador principal: los cabañeros expositores, sector fuertemente representado en la dirigencia de la Sociedad. El prestigio que una buena colocación en Palermo le otorgaba a una cabaña repercutía sobre los precios de los reproductores que ofrecía a la venta en las ferias que sucedían a la exposición, en las que se desarrollaban en la campaña y en las ventas que reali-

³³ Eduardo Balzola: "La Exposición Rural de Palermo y el fomento zootécnico en la ganadería bovina", en *Anales*, abril/junio de 1987, pp. 54-61.

³⁴ Para citar solamente un caso de utilización de la exposición como mecanismo de difusión de innovaciones y control sanitario: en 1917 la Comisión Directiva resolvió que para combatir la tuberculosis, todos los animales vacunos que en adelante concurren a la Exposición Nacional de Ganadería deberían ser sometidos a la tuberculinización por oftalmorreacción, encomendándole al Instituto Biológico de la Sociedad la confección de un folleto explicativo con indicaciones para combatir la enfermedad, que sería repartido gratuitamente entre los cabañeros y hacendados. Véase la memoria de 1917, en *Anales*, Año LII, nro. 8, 1/10/1917, p. 642. Para un procedimiento similar respecto de la fiebre aftosa, véase la memoria de 1920, en *Anales*, año LV, 15/11/1920, p. 1148.

³⁵ "The Real Purpose of the Cattle Show", *RRP*, 31/10/1924, p. 1139 (mi traducción). En el mismo sentido, Herbert Gibson afirmaba en 1908 que la Exposición "se ha erigido en el torneo ganadero más notable que existe [...] Siguiendo el ejemplo de Palermo, las sociedades rurales de otros centros del país han iniciado exposiciones regionales que sirven para ilustrar y estimular la ganadería de cada localidad [...] que ofrecen su concurrencia eficaz para popularizar el conocimiento de los tipos modelos de cada raza, a la vez que para procurar un mercado positivo para la venta y compra de reproductores. El medio de la exposición rural es sin duda el más práctico para llevar a los ganaderos y al país en general la manifestación de los progresos obtenidos y las condiciones especiales de cada raza." Véase Heriberto Gibson: "La evolución ganadera", en *Censo Agropecuario Nacional*, tomo III, Buenos Aires, 1909, p. 96. Puede verse también Pedro Pagés, "Las exposiciones ganaderas. Su objeto, sus propósitos y sus programas", en *Anales*, año XLVIII, 1913, nro. 6, pp. 515-518.

zaban todo el año en sus propios establecimientos. Esto hizo que las mayores cabañas —las de Malbrán, Frías, Pereyra, Martínez de Hoz, Casares, Ramos Mexía, Bengoalea, Anchorena, Alvear, Unzué, Hogg, Ezeiza, Jiménez Paz, Olivera, Pagés y algunos otros— fuesen los principales concursantes. Como es sabido, la actividad cabañera era la actividad técnicamente más compleja de cuantas se llevaban a cabo en el agro, y por ello también era la más prestigiosa.³⁶ La difusión eficiente del nivel genético alcanzado en las cabañas, donde se concentraba el principal esfuerzo de generación de avances en la ganadería argentina, dependía de la articulación efectiva entre las cabañas y los demás establecimientos, y la exposición-feria tenía el papel central en la misma. Las victorias en Palermo eran, para las cabañas, una marca que garantizaba la calidad de los productos que ofrecían, otorgado por las autoridades más competentes del país, que se traducían luego en los precios de venta de los animales.³⁷ Los torneos ganaderos y la puja por los trofeos en disputa fue, por ello, una lucha por posicionar mejor a cada uno de estos establecimientos frente a los compradores que constitúan sus clientes potenciales. En 1895 *La Prensa* se refería al concurso que entonces estaba teniendo lugar, sosteniendo que “por medio de los premios se distingue y señala el valor de la producción, y se concede publicidad a cada uno, cuando no se aprovecha la ocasión de venta y de utilidad.”³⁸

En el núcleo mismo de la exposición de Palermo —para fin de siglo la más grande del mundo— residía el principal mecanismo orientador de los rumbos que tomaba la ganadería argentina; la definición y la difusión del biotipo genético que imponía la demanda del mercado mundial se realizaban a través de ella. Aunque se destaque el aspecto político y social de las exposiciones, no puede dejar de señalarse que éstas llegaron a convertirse en la principal tribuna que voceaba la visión que tenían los dirigentes ruralistas sobre aquellos aspectos del proceso político que les atañían especialmente y en una caja de resonancia de sus demandas, sólo porque convocaron la atención de los empresarios rurales al convertirse en la mayor muestra del dinamismo y la capacidad innovadora de los grandes cabañeros, los que fijaban los rumbos básicos para el conjunto de los productores. Así, pues, transformación de la ganadería y expansión de las exposiciones-ferias serían dos aspectos de un mismo proceso, ya que estas últimas constitúan el principal vector de incorporación de mejoras al proceso productivo.³⁹

³⁶ Sobre algunas características de la cabaña, Guillermo Colombo: “La actividad de cabaña bovina bonaerense a fines del siglo XIX. Elementos para una caracterización de la clase dominante”, ponencia presentada en las XIII Jornadas de Historia Económica, Mendoza, 1992.

³⁷ Desde fines de siglo, la presencia de árbitros extranjeros, casi todos ellos ingleses, se volvió habitual. Ello puso en relación más directa a las orientaciones del mejoramiento en Argentina y en su principal mercado, Inglaterra.

³⁸ “La Exposición Rural”, en *La Prensa*, 22/5/95, p. 5.

³⁹ En 1895, las transacciones en Palermo estuvieron cerca de los ciento cincuenta mil pesos, un cincuenta por ciento más que en 1890. Cinco años después, en 1900, rondaron el millón, y para 1905 tripli-

El éxito creciente de las exposiciones-ferias se tradujo —aspecto nada menor para sostener los cada vez más abultados gastos de funcionamiento de la entidad— en un aumento de ingresos en concepto de entradas, servicios, alquiler de locales, comisiones sobre las ventas de hacienda, etc., que ayudó a reproducir estas actividades, que de esta forma se revelaron tan prestigiosas y útiles como poco onerosas. En 1916 Frers sostenía que la feria “acaso en algún momento ha llegado aún a dominar el conjunto de la institución. Después de cuarenta años de experiencia es forzoso reconocer que esta característica quizás ha contribuido a salvar a las exposiciones del peligro de una decadencia determinada por la falta de ambiente y de interés y aun su existencia en épocas de penuria financiera.”⁴⁰

En resumen, el presupuesto implícito de ese éxito que fueron las exposiciones-ferias ganaderas era la convergencia solidaria de las fuerzas que estimulaban la reproducción de la institución, los objetivos de los cabañeros y la satisfacción de los requerimientos de los ganaderos que compraban reproductores para mejorar sus rodeos. Lugar de obtención de fondos y prestigio institucional, valorizador de la producción de las cabañas y vehículo transmisor de tecnología, la importancia de las exposiciones ganaderas no puede ser desestimada desde ninguna de estas perspectivas.

En la agricultura argentina, en cambio, nada parecido se produjo. Mientras que en el campo europeo y norteamericano la agricultura era una actividad más compleja que la ganadería, en la pampa argentina sucedía lo inverso. Orientada por otra racionalidad, distinta a la que se sostenía en la búsqueda de incrementos marginales de productividad mediante la incorporación intensiva de capital, la agricultura argentina no sólo requería un nivel de tecnificación de sus prácticas culturales más bajo que el de sus competidores de ultramar, sino que también era más sencilla que la propia ganadería pampeana. La agricultura ofrecía, así, menor campo a las iniciativas de extensión técnica que la ganadería. Si esto no hizo menos eficientes a las empresas agrícolas, al menos las volvió más refractarias que las ganaderas a la incorporación de tecnología, lo que primero demoró y luego hizo fracasar las actividades de extensión y fomento de la SRA.

caron esa cifra, ubicándose cerca de los tres millones. El volumen de las ventas realizadas en las exposiciones-ferias de la Sociedad creció en diez años —entre 1895 y 1905— casi veinte veces. En igual período, el número de animales vacunos exhibidos y puestos a la venta se multiplicó por diez, mientras que el de lanares creció unas seis veces hasta 1898, para luego decrecer lentamente. Comparadas con las primeras cinco exposiciones de la Sociedad, que tuvieron lugar en 1875, 1876, 1878, 1880 y 1881, los cambios fueron aun más evidentes. Entre 1875 y 1881 se presentaron un promedio de 32 bovinos y 125 lanares a cada muestra. Entre 1895 y 1899, el promedio de bovinos fue de 835 animales, mientras que el de lanares fue de 1874. Frers: *El progreso...* op. cit. p. 220. El crecimiento de las exposiciones coincidía con la etapa de mayores cambios en el rodeo. En este período, la magnitud de los progresos en el proceso de refinamiento fue notable: en la provincia de Buenos Aires, la cantidad de bovinos criollos (sin mejorar) llegaba a la mitad del stock total en 1895; para el censo de 1914, prácticamente habían desaparecido, restando sólo un 3,5%. Véase Alberto B. Martínez: “Consideraciones sobre los resultados del censo ganadero”, en *Censo Nacional de 1914*, Tomo VI, p. I-XXXIX.

⁴⁰ Frers: *El progreso...*, p. 74.

Como vimos, la Exposición agrícola de 1903 no dejó mayores beneficios simbólicos a la Sociedad, que debió hacerse cargo de un traspasé. Ese fracaso, al mismo tiempo, hacía que la posibilidad de que las exposiciones generaran un flujo de ingresos gracias a comisiones sobre las ventas, servicios y entradas, que ayudara a volverlas rentables, no fuese una alternativa demasiado atendible. Pocos días después de inaugurada la Exposición agrícola, *La Prensa* afirmaba que “durante el día de ayer la asistencia de público fue casi nula y era triste ver aquella espléndida manifestación de la industria y de la labor argentina desarrollar su actividad sin espectadores.”⁴¹ En ese clima, la clausura de la Exposición se verificó “sin pompa”.⁴² Aunque en parte se invocó el mal tiempo y la visita a Buenos Aires de la delegación diplomática chilena para explicar la ausencia de público, el problema era otro. La *Memoria* de 1903 —redactada por el mismo presidente que había enfatizado poco antes su deseo de ver a la agricultura en un lugar de privilegio dentro de la Rural— lo exponía: “en las exposiciones de animales hay todo el interés que despierta la vida, el encanto de las formas, el atractivo seductor del arte, y lo que es más eficaz, el interés material de los que hacen su agosto en el mes de Septiembre. En las de productos agrícolas, en cambio, no hay más que silencio y quietud; no hay espectáculos para el público, al que poco le atraen los millares de frascos conteniendo granos.”⁴³

En síntesis, las exposiciones agrícolas no sólo eran menos importantes para la Sociedad por razones ligadas a la preeminencia de la orientación ganadera de su base social. También se revelaron secundarias porque a través de ellas la Rural no tenía capacidad para legitimarse ante los productores agrícolas, ni le era posible organizar un mercado importante de transacciones o un evento de asistencia relativamente masiva que le permitiese afrontar sus costos de instalación. Frente a la opinión de algunos cabañeros que “sostenían que la agricultura había fracasado en todas las tentativas de exhibición que en su obsequio se habían hecho”,⁴⁴ no había demasiadas razones como para seguir embarcando a la Sociedad en emprendimientos de fracaso previsible. No es de extrañar, por ello, que las exposiciones agrícolas nunca volviesen a lograr en todos estos años un lugar significativo en las iniciativas de la Sociedad Rural.

LA AGRICULTURA FUERA DE LA SOCIEDAD RURAL

Hay otro aspecto que contribuyó a agudizar esta situación. Si en las actividades de fomento ganadero la Sociedad no había hallado competencia, en la agricultura, en

⁴¹ *La Prensa*, 29/5/1903, p. 3.

⁴² *La Nación*, 17/6/1903, p. 6.

⁴³ *Anales*, año XXXVIII, vol. XXXVIII, nro. 8, 31/8/1903, p. 1037.

⁴⁴ *Frets: El progreso agrícola...*, p. 178.

cambio, las cosas eran distintas. En este sector, un conjunto amplio de empresas capitalistas e instituciones tuvieron una importancia destacada en la definición de las reglas de funcionamiento y en la difusión de tecnología, y se adaptaron mejor a los requerimientos de asistencia técnica que imponía la propia racionalidad de la agricultura pampeana. Entre estas empresas capitalistas que se dedicaban al transporte, la comercialización, la financiación de la producción y la provisión de insumos, se cuentan las compañías ferroviarias y las empresas comercializadoras, así como aquellas que introdujeron la maquinaria agrícola. Repasemos, sin pretensión de originalidad, algunos de los nexos de estas organizaciones con los agricultores, porque su presencia sobredeterminó las dificultades que hasta aquí hemos mencionado.

En los años de la expansión agrícola, la relación entre expansión ferroviaria y crecimiento del área cultivada fue directa. El tendido de nuevas líneas en las décadas del ochenta y noventa contribuyó a elevar la rentabilidad de la agricultura fuera de las áreas en las que se había desarrollado hasta entonces, y convirtió al ferrocarril en el principal medio de transporte de granos. Para 1909, el ferrocarril transportó más del 80% de la producción de trigo y casi el 60% de la de maíz. Por entonces, los productos agrícolas constituían aproximadamente el 50% de la carga total de las principales empresas.⁴⁵ Estos porcentajes sin duda eran mayores en la provincia de Buenos Aires y en los territorios del oeste, que carecían, a diferencia del litoral, de vías fluviales de comunicación.

La preocupación de las empresas que atravesaban áreas de cultivo en expandir la producción para garantizar mayores volúmenes de carga se hizo presente de diversas maneras. Las empresas ferroviarias difundieron información entre los agricultores y establecieron algunas estaciones experimentales que realizaron tareas de selección de semillas.⁴⁶ Simultáneamente, apoyaron a los productores informándolos sobre las tendencias del mercado y sobre problemas relacionados con la producción, colocando avisos en las estaciones y repartiendo folletos. Emilio Coni, por ejemplo, señalaba a comienzos de la década del treinta una "falacia muy corriente, la del aislamiento e ignorancia del agricultor, que puede ser engañado por no conocer los precios del puerto. Esto no ha sido cierto en los últimos veinticinco años, por lo menos, pues las cotizaciones oficiales están anunciadas en todas las estaciones ferroviarias".⁴⁷ Profundizando este interés por la agricultura, en 1917 el Ferrocarril de Buenos Aires al Pacífico comenzó la edición de una revista mensual de bajo costo, que se repartía a lo largo de la línea férrea. La revista tenía a la expansión y a la mejora de la agricultura entre sus principales objetivos. En algunos años, el modelo de la revista del

⁴⁵ Roberto Cortés Conde: *El progreso...*, cap. 2. La importancia de los ferrocarriles para la expansión del cultivo del trigo ya fue señalada en la clásica obra de James Scobie: *Revolución...*

⁴⁶ Sobre estos aspectos véase James Scobie: *Revolución...*, y Osvaldo Barsky: "La caída..."

⁴⁷ Emilio Coni: *El mercado ordenado del trigo argentino*, Buenos Aires, El Ateneo, 1932, p. 90.

B.A.P. se generalizó; en los años veinte, todas las empresas tenían sus revistas, así como oficinas de fomento agrícola. Los ferrocarriles incluso miraron con simpatía los reclamos de acceso a la tierra en propiedad de los agricultores arrendatarios, suponiendo que esto implicaría aumentos en los volúmenes de producción y carga transportada.⁴⁸

Los oligopolios —Bunge y Born, Dreyfus, Huni y Wormser y Weil Brothers—, a su vez, organizaron velozmente los aspectos básicos del proceso de comercialización, y su creciente control del mercado de cereales les permitió imponer, desde los años noventa, estándares y normas para el embolsado y la clasificación de los granos. La importancia creciente del mercado exterior para la agricultura argentina condujo, en esos años, a fuertes modificaciones de la organización comercial, financiera y técnica de la producción, que al ponerse en contacto con el mercado mundial, debió adoptar las normas de los mercados europeos. El resultado fue un mercado “altamente organizado”, dominado por unas pocas empresas.⁴⁹

La expansión de las firmas exportadoras de cereales y oleaginosas creó una red tentacular de agentes locales para la provisión de crédito y la compra de las cosechas. Es probable que a través de la provisión de fondos que permitían que el acopiador o el comerciante local anticipasen dinero o mercancías a los agricultores necesitados de crédito, las empresas incidiesen sobre algunos aspectos básicos del cultivo, como la definición del tipo de semilla que debía ser objeto de siembra. Como resultado, los oligopolios desarrollaron mecanismos de relación con los agricultores, paralelos en el tiempo a la expansión de las actividades articuladoras de la SRA en la ganadería, cumpliendo así una función similar a la de esta institución en lo que se refiere a la homogeneización de los criterios de producción. La organización del mercado de granos según los patrones que imponía la demanda externa tuvo en las grandes empresas a su agente principal.⁵⁰

⁴⁸ Véase al respecto “La gran manifestación agraria. Más de mil agricultores llegan a Buenos Aires a pedir la sanción de una ley”, en *Revista Mensual del B.A.P.*, año IV, nro. 46, septiembre de 1921, p. 57. El B.A.P. apoyaba el pedido de “leyes de orden y de justicia y leyes que al permitir el arraigo del agricultor y el mejoramiento de sus cultivos persiguen propósitos de progreso y civilización.”

⁴⁹ Scobie: *Revolución...*, p. 131.

⁵⁰ En el sector ganadero, en cambio, los principales oligopolios ligados al proceso de industrialización y transporte a los mercados externos, los frigoríficos, se vinculaban de modo privilegiado con la invernada, que era precisamente la actividad menos propensa para convertirse en correa de transmisión de los imperativos técnicos de la demanda externa. Como es sabido, en la invernada (si bien era una actividad que implicaba cierta complejidad, y que requería determinados saberes para que fuese rentable en el largo plazo) primaba una lógica empresarial con características más especulativas que en la cría, que es donde se debía llevar a cabo el proceso de mejoramiento del ganado. Por ello, la relación entre los frigoríficos y el mejoramiento del ganado no tenía una ligazón muy directa, sino que operaba a través de otros mecanismos, como la estructura institucional de la SRA (por ejemplo, concediendo retribuciones en dinero a los expositores premiados, ya sea por reproductores o por ganado gordo). Véase Juan E. Richelet: “¿Por qué predomina la raza Durham?”, en *El Oeste*, año III, julio de 1923, nro. XXX, p. 1202. Sobre las características de la invernada, Horacio Giberti: *Historia...*, y Peter Smith: *Carne y política...*

Simultáneamente, la inversión en maquinaria tuvo un lugar muy destacado en la definición de las características técnicas del proceso de producción, que se hizo todavía más evidente porque el desarrollo de semillas mejoradas y de tecnología desincorporada fue prácticamente nulo en la agricultura argentina hasta la segunda mitad del siglo.⁵¹ A través de la maquinaria agrícola, los agricultores accedieron a las innovaciones más importantes, ya que en ese umbral tecnológico, éstas se encontraban en gran parte incorporadas directamente en los medios de producción que se compraban en el mercado.⁵² La importancia de la maquinaria en la expansión agrícola no puede ser desestimada; en una agricultura intensiva en tierra, y de laboreo extremadamente sencillo y superficial, la historia de la mejora de la agricultura en esta época es, en primer lugar, la historia de su mecanización.⁵³

Las innovaciones mecánicas se convirtieron en una importante inversión para los agricultores. A comienzos de siglo el mercado argentino de maquinaria ya se consideraba como uno de los más grandes del mundo, y para el final del período, las pampas se habían convertido en el principal mercado exterior para los exportadores norteamericanos, que lideraban esta industria. La inversión en maquinaria a lo largo de todo el período fue muy destacada; en 1913, uno de los expertos argentinos en el tema, el ingeniero Marcelo Conti, afirmaba que “uno de los elementos más notables de progreso de la agricultura argentina ha sido por cierto, la rápida difusión de las máquinas agrícolas.”⁵⁴ Criticando opiniones de un experto canadiense, *La Prensa* sostenía a mediados de la década del veinte que “nuestro país es uno de los merca-

⁵¹ Los primeros esfuerzos de mejoramiento genético se realizaron en 1912, a cargo del Ministerio de Agricultura, pero fueron interrumpidos en 1917. Durante la gestión de Le Breton al frente del Ministerio, a mediados de la década del veinte, la creación y difusión de semillas mejoradas tomó cierto impulso, pero es recién a comienzos de la década de 1960 cuando el impacto creciente de su utilización empieza a hacerse sentir sobre la productividad agrícola. Véase Marta Gutiérrez: “El origen de las semillas mejoradas de trigo y maíz en la Argentina: la dinámica de la creación y las modalidades de investigación pública y privada”, Proyecto PROAGRO, Documento nro. 15, Buenos Aires, CISEA, 1985, y “Semillas mejoradas: desarrollo industrial e impacto sobre la producción agrícola”, en Osvaldo Barsky *et al.*: *La agricultura pampeana...*

⁵² Véase Julio Penna y Sílcora Bearzotti de Nocetti: “Principales hitos de las tecnologías mecánica y genética en el trigo argentino y su impacto en la mano de obra rural”, Buenos Aires, Centro de Investigaciones sobre Política Agropecuaria, Documentos de Trabajos e Investigación, nro. 5, 1985.

⁵³ Sobre el proceso de mecanización agrícola, véase, entre otros, Sergio Bagú: *Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina*, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1961; Horacio Gíberti: *El desarrollo...*; Alfredo Pucciarelli: *El capitalismo...*; Julio Penna y Sílcora Bearzotti de Nocetti: “Principales hitos...”; Jeremy Adelman: *Frontier development...*; Héctor E. Sartelli: “El nivel tecnológico de la agricultura pampeana, 1880-1940. A propósito del ‘atraso’ de la mecanización de la cosecha maicera”, *Estudios Sociales*, nro. 5, segundo semestre de 1993. Un fuerte énfasis en el carácter temprano y profundo de la mecanización, con el que aquí se coincide, en Héctor E. Sartelli: *Sindicatos obreros rurales en la región pampeana, 1900-1947. Primera parte: Las máquinas y los hombres*, Buenos Aires, 1992 (tesis de licenciatura inédita). Una temprana advertencia sobre la importancia de la mecanización, en Carl Taylor: *Rural Life in Argentina*, Baton Rouge, 1946.

⁵⁴ Marcelo Conti: *Mecánica agrícola*, Buenos Aires, Angel Estrada y Cía., 1913, p. 1.

dos que importa mayor número de maquinarias agrícolas, y podríamos afirmar que no existen instrumentos en uso en otros países que no hayan sido utilizados y experimentados en el nuestro.”⁵⁵ La maquinaria tendió a concentrarse en las unidades de mayor tamaño, y si bien surgió una red de empresarios contratistas dedicados a la cosecha y a la trilla, lo cierto es que “los propietarios invirtieron más que los arrendatarios, y las grandes unidades más que las pequeñas”.⁵⁶

La incorporación de la maquinaria al proceso productivo no se hizo en forma significativa por medio de las exposiciones, aunque esta posibilidad no estuvo excluida de antemano. Comentando la exposición de 1896, en los albores de la expansión agraria en Buenos Aires, un técnico del Departamento de Agricultura señalaba que sólo habían tomado parte en ella “un reducido número de introductores de máquinas y demás enseres agrícolas.”⁵⁷ En efecto, las empresas no ocuparon un lugar importante en las exposiciones —aunque algunas de ellas eran propiedad de miembros de la Rural, como la de J. & J. Drysdale—, y la razón parece hallarse en que las mismas encontraron otros medios más directos de ponerse en contacto con los agricultores, como sus exhibiciones permanentes en los locales de venta en la Capital Federal y en varias ciudades del interior, sus avisos publicitarios en distintos medios gráficos y sus catálogos.⁵⁸ La calidad de las máquinas y herramientas podía evaluarse, gracias a la estandarización de los productos, viendo funcionar la de un vecino, o consultando la información que publicaba la casa vendedora. Del mismo modo, su compra incluso podía hacerse sin necesidad de moverse de la unidad de producción, a través de envíos por ferrocarril, que las propias casas comercializadoras promocionaban con descuentos. No es extraño que las exposiciones, que duraban unos pocos días, no fueran el mejor o al menos el único lugar para poner en contacto a compradores y vendedores. En 1897, la *Review*, valiéndose de su experiencia extranjera, afirmaba que “las exposiciones agrícolas son generalmente consideradas como buenos lugares para los vendedores de máquinas. Sin embargo, una de las casas líderes de Buenos Aires sostiene una opinión diferente. El gerente dice que en la última exposición gastaron unos \$25.000, ¡y que vendieron dos rastrillos por un valor de \$70!”⁵⁹ Después de decepciones como ésta, la relativa indiferencia de los vendedores de maquinarias y herramientas hacia las exposiciones parece entendible.

Vale la pena destacar algunos aspectos ligados a este último punto. El desarrollo tecnológico de la ganadería en todo este período no sólo fue superior al de la agricul-

⁵⁵ *La Prensa*, 3/12/1926, p. 16.

⁵⁶ Jeremy Adelman: *Frontier development...*, p. 429.

⁵⁷ *BNA*, Tomo XX, 1896, p. 415.

⁵⁸ Debe destacarse, sin embargo, que entre esos medios gráficos se encontraba *Anales*. A lo largo de estos años hubo avisos publicitarios en *Anales* que promocionaban maquinaria agrícola y bolsas. Los comerciantes e introductores de estos bienes, sin duda, no pretendían interpelar a los chacareros a través de esta publicación.

⁵⁹ *RRP*, “Camp topics”, 7/8/1897, p. 33.

tura, sino que se asentó sobre principios distintos. Si bien incluyó también a las tecnologías incorporadas —alambrados, molinos, tanques, etc.—, se destacó en especial por el cambio genético. Esta modalidad de cambio obligaba a los productores que querían modernizar sus establecimientos a adquirir un mayor caudal de conocimientos que el mercado no podía proveer por medio de las mercancías que se ofrecían a la venta. Pedro Pagés señalaba en 1895, por ejemplo, que la compra de un reproductor en el mercado requería de conocimientos que no todos los interesados en el negocio disponían.⁶⁰ ¿Cómo saber si el animal comprado era el adecuado? ¿Cómo saber si el precio era el correcto? ¿Cómo saber si estaba sano? La evaluación de la calidad de los reproductores por los jurados de las exposiciones venía a solucionar parcialmente el problema, al establecer una jerarquía entre los animales, con su correlato en los precios. Este mecanismo estaba lejos de alcanzar a todos los reproductores, pero al menos contribuía a orientar y definir los criterios básicos para el resto de los animales. Si los parámetros definidos a través de las exposiciones de la SRA adquirieron tanta importancia, fue porque éstas se convirtieron no sólo en un lugar de compra de reproductores, sino también de aprendizaje e imitación, a la vez que de contralor de la calidad genética del ganado, e incluso —en algunas ocasiones, algo que no era menos importante— de su estado sanitario.

En cambio, la incorporación de nuevas tecnologías a la producción agrícola se basó fundamentalmente en la difusión de tecnología ya incorporada a los medios de producción (arados, segadoras, espigadoras, trilladoras, luego cosechadoras, etc.). Como lo muestra la exitosa creación de una red de ventas en el interior, que tenía su centro en Buenos Aires, los mecanismos estrictamente mercantiles ocuparon un lugar importante en la difusión de estas nuevas tecnologías, porque su carácter de valores de cambio incorporados a productos estandarizados hizo inmediatamente atractiva su expansión para las empresas capitalistas que los producían o comercializaban. La presencia de estas empresas, junto a las de transporte ferroviario y las comercializadoras de granos, cumpliendo papeles similares, conformaron un tejido en torno a la extensión técnica en la agricultura que la SRA halló siempre difícil atravesar. Así, pues, mientras que la ganadería demandaba apoyos institucionales al proceso de innovación, la agricultura fomentaba otra cosa: una estrecha conexión entre productores y empresas capitalistas.

A la vez, la más amplia gama de obstáculos que debió enfrentar la agricultura para prosperar en las tierras argentinas también hizo que la acción estatal, preocupada desde mediados de siglo por el crecimiento económico, se sintiera más directamente que en la ganadería, intentando impulsar las fuerzas que un mercado en construcción no siempre estimulaba por sí mismo. La decisión del Estado de apoyar el crecimiento económico allí donde éste debía sortear mayores dificultades lo convirtió en un impulsor más permanente de la agricultura que de la ganadería. Exceptuando las

⁶⁰ Pedro T. Pagés: "Ferias rurales" en *LA*, año III, nro. 111, p. 149.

transferencias de ingresos a través de las variaciones del tipo de cambio que intentaban evitar la apreciación del peso alternando convertibilidad e inconvertibilidad, y las exenciones impositivas —que eran competencia del Ministerio de Hacienda, y que beneficiaban también a la producción granífera— la acción de fomento mediante incentivos a la ganadería fue escasa ya desde la creación del Departamento de Agricultura en 1872. En lo que se refiere a la ganadería pampeana, el Ministerio de Agricultura reconocía en 1912, cuando la madurez de la estructura productiva ya era un dato, que “el perfeccionamiento alcanzado por los ganados se (debía) a la iniciativa particular y a las asociaciones rurales.”⁶¹ Por ello, su programa para ese sector no iba más allá de promover dos objetivos primordiales: dotarse de una eficaz policía sanitaria que garantizase la calidad de la carne en los mercados externos, y trasladar los progresos logrados a las áreas ganaderas marginales. El radio de acción de estas dependencias oficiales quedó así acotado por la eficacia de las actividades de fomento ganadero de la sociedad rural porteña y del resto de las asociaciones, lo que ayudó a que las reparticiones estatales dirigieran esfuerzos mayores hacia el fomento de la agricultura, para el cual se precisaba contar con mayores recursos y capacidad organizativa que la que las instituciones ruralistas disponían.

Esto se evidenció desde la creación del Departamento de Agricultura. Cuando éste adquirió rango ministerial en 1898, sus tareas se ampliaron, y si bien la ley que lo creaba le dio una amplísima competencia, que lo convirtió en “el Ministerio técnico en todas las materias de economía nacional, con la sola excepción de lo pertinente a la tesorería”,⁶² todo lo relativo al fomento del cultivo conformó una de sus mayores preocupaciones. La creación en 1901 de dos divisiones independientes en la Dirección de Agricultura y Ganadería permite observar, a lo largo de todos estos años, que los recursos asignados a la División de Agricultura y a la enseñanza agrícola fueron las más de las veces superiores a los que le correspondían a la División de Ganadería. A estas erogaciones deben sumársele las que correspondían a la División de Inmigración —más de un diez por ciento de los gastos totales del Ministerio—, que estaban directamente relacionadas con la provisión de un flujo estable de fuerza de trabajo, cuya falta afectaba mucho más directamente al cultivo del suelo que a la cría de hacienda. Las publicaciones de las reparticiones estatales destinadas a difundir información y conocimientos también privilegiaron a la agricultura.⁶³

Es posible advertir, empero, que la abundante producción de estudios sobre la agricultura argentina que los técnicos del Ministerio llevarían a cabo desde 1898 estaba más orientada a construir un corpus de conocimientos especializados que a pro-

⁶¹ *Memoria del Ministerio de Agricultura. C. III. Ganadería*, 1912, p. 44. También Ezequiel Ramos Mejía: *Veinte meses de administración en el Ministerio de Agricultura*, Buenos Aires, 1908, p. 127.

⁶² *Memoria del Ministerio de Agricultura, 1903-1904*, p. 5.

⁶³ En 1913, por ejemplo, el Ministerio de Agricultura distribuyó 12.500 ejemplares de publicaciones referidas a temas de agricultura y sólo 670 sobre temas ganaderos. Véase *Memoria. Anexo K. Sección publicaciones y canje*, Buenos Aires, 1914, p. 406.

porcionar lecciones de utilidad práctica que ofreciesen ventajas tangibles a los productores, lo que —al igual que en el caso de la Sociedad Rural— evidencia las dificultades de estos especialistas para influenciar las prácticas culturales de la agricultura pampeana. La irrelevancia de los consejos que los técnicos prodigaban —y en el límite, de su misma presencia— es sin duda un aspecto decisivo para entender el “tono sombrío” con el que acostumbraban ver esa violenta expansión de la agricultura.⁶⁴ En este sentido, los problemas de la Sociedad Rural eran similares a los de los funcionarios del Ministerio, porque ambos tenían por horizonte a agriculturas cuya racionalidad no se adecuaba a las exigencias del cultivo en la pampa. Es preciso destacar, sin embargo, que aun cuando se considere que el interés que demostró el Estado en el fomento de la producción agrícola fue insuficiente —el magro presupuesto del Ministerio, que no superaba el cuatro por ciento del presupuesto total de gastos del estado nacional y la ausencia de un apoyo tan fundamental como el crédito agrícola lo confirman con holgura—, lo cierto es que no impidió la veloz expansión del área cultivada, y en definitiva, fue mayor que el que demostró por el estímulo de la producción ganadera.⁶⁵

A pesar de que el Departamento y luego el Ministerio de Agricultura destinaron más recursos a la agricultura que a la ganadería, tanto las políticas como el perfil social de los funcionarios estatales que los dirigieron parecen indicativos de acuerdos básicos con la orientación de la Rural. Aunque Scobie considera al Ministerio como “el único defensor político del chacarero en los años en que los estancieros tenían la Sociedad Rural”, no parece que hubiera habido mayores conflictos entre la corporación y el Ministerio, que fue más crítico de muchos terratenientes y chacareros —en los que creía ver actitudes indolentes e ignorantes—, que de la asociación ruralista. Aunque no todos los técnicos estatales tenían simpatía por la Sociedad, y algunos como Manuel Vázquez de la Morera la criticaron en las páginas del Boletín en los años setenta, ésta no dejó nunca de ser una opinión minoritaria, que se hizo más esporádica hasta casi desaparecer, conforme pasaban los años. A principios de siglo, técnicos como Miatello y Lahitte sólo tenían elogios para la SRA.

No es sorprendente, entonces, que al menos tres de los cuatro funcionarios que Scobie considera “los principales cruzados de la agricultura argentina”⁶⁶ —Ernesto Oldendorff, Juan Alsina, Julio Victorica y Emilio Lahitte— fueran socios de la Sociedad Rural, y que no se denunciara en ello un signo de manifiesta parcialidad en favor de los intereses terratenientes. El propio Oldendorff, primer jefe del Departamento, era colaborador habitual de *Anales* e incluso llegó a ocupar un asiento como vocal en la Comisión Directiva de la Rural al mismo tiempo que organizaba y diri-

⁶⁴ Sobre este tono sombrío, Tulio Halperin Donghi: “Canción de otoño...”

⁶⁵ Sobre el crédito agrícola, ver Joseph Toulchin: “El crédito agrario en la Argentina, 1910-1926” en *Desarrollo Económico* nro. 71, 1978, y especialmente Jeremy Adelman: *Frontier Development...*, cap. VI:

⁶⁶ Scobie: *Revolución...*, p. 175.

gía esta agencia estatal.⁶⁷ Los ministros de Agricultura más destacados, aún los que se propusieron llevar adelante los proyectos más ambiciosos de colonización y reparto de la tierra en propiedad, como Eleodoro Lobos, incluyeron entre sus títulos el de socios de la Rural, lo que no constituyó un obstáculo sino una carta de presentación para ejercer cargos públicos en el área. Por ello, parece posible sostener la hipótesis de que la diferencia entre las iniciativas de la Rural y las del Ministerio se vinculan menos con concepciones alternativas del orden social y productivo deseable que con sus distintas modalidades de financiamiento y la mayor infraestructura y capacidad operativa de la agencia estatal. Aun dentro de lo magro de sus recursos, el Ministerio pudo destinar sus mayores iniciativas hacia el fomento de las actividades agrícolas de los más desguarnecidos, y por tanto —desde la lógica que dominaba las actividades de la Rural—, a pérdida.

CONCLUSIONES

Si bien en 1866 la preocupación por la agricultura había estado presente en la Sociedad, recién veinte años después ésta comenzó a tomar formas más concretas. La conversión de la agricultura en una actividad en condiciones de complementar a la ganadería y de competir en rentabilidad con ella en Buenos Aires, potenció el interés de la Sociedad Rural desde los años ochenta. Este interés tuvo límites, pero es necesario no relacionarlos exclusivamente con la preeminencia de la ganadería entre las actividades productivas de los socios de la SRA. La lógica institucional de la SRA — que quería construir un proyecto capaz de articular todas las actividades significativas en el agro pampeano con los intereses más específicos de sus socios y con la reproducción material y simbólica de la propia entidad— contribuyó a potenciar determinadas actividades y desestimular otras, entre ellas, las de fomento de la agricultura.

Como consecuencia de las características técnicas del cultivo y de la estrecha vinculación entre los agricultores y las empresas capitalistas que se dedicaban al transporte, la financiación, la comercialización y la venta de insumos y productos, tanto en la articulación del mercado, como en la definición de los criterios de producción y la difusión de la tecnología necesaria (así como, en menor medida, de la incidencia del Ministerio de Agricultura sobre el cultivo de granos), el mecanismo de la exposición-feria, que estaba en el centro de la relación entre la SRA y los productores ganaderos, no cumplió respecto de la agricultura un papel relevante, y la entidad no encontró otro con el que reemplazarla. Que la tarea no era sencilla lo indica el hecho de que tanto la Federación Agraria Argentina (organización gremial representativa de

⁶⁷ *Anales*, año X, vol. IX, nro. 4, 30/4/75, p. 125.

agricultores medianos y pequeños), como el Ministerio fueron incapaces de plantear—incluso hasta mucho después— alternativas de extensión técnica más efectivas. A la agricultura argentina no le eran estrictamente necesarios los apoyos institucionales en actividades de extensión o los consejos eruditos de los técnicos.

Es por esta razón que Emilio Coni, al echar una mirada retrospectiva sobre la agricultura argentina a fines del período, no podía menos que reconocer que eran las características del cultivo las que inhibían iniciativas como la de la Sociedad Rural. Con sentimientos mezclados, este agudo observador señalaba en 1933 que “en un país en el que bastaba arañar el suelo para que produjera espléndidas cosechas [...] la necesidad de la ciencia y su hija la técnica para producir más y mejor, no podía hacerse sentir sino en forma imperceptible. Es lo que ha sucedido hasta hace poco y ha hecho que nosotros, los profesionales de la agricultura, nos encontrásemos en una situación parecida a la de los médicos sin enfermos o abogados sin pleitos [...] Todo el peso de la ciencia y de la técnica no podrá impedir que el agricultor argentino con sólo 900 kilos de trigo por hectárea gane más que su colega sueco con 3000.”⁶⁸

La agricultura pampeana resultó más dependiente de empresas capitalistas que de agencias de extensión técnica que funcionaban con una lógica no mercantil; como sucedió con las exposiciones ganaderas antes de su generalización y éxito desde mitad de la década del ochenta, en todos estos años las exposiciones agrícolas no tuvieron mayor incidencia real sobre las prácticas culturales de los agricultores. En definitiva, el dispositivo básico que había vinculado a la SRA con las necesidades de la producción ganadera, y sobre el que giraba su estrategia de fomento, que le permitía un gran impacto sobre un amplio arco de productores con un costo relativamente reducido—y en algunos casos con beneficios—, no se mostró idóneo para atraer a los cultivadores o estimular el desarrollo agrícola. Si bien desde su fundación la SRA mostró interés por difundir, a través de los *Anales* y luego del Museo Agrícola, información destinada a quienes se dedicaban a la agricultura, nunca halló un medio eficaz para socializar conocimientos e imponer patrones de producción como el que había encontrado en la ganadería.⁶⁹

En este período, la Sociedad Rural adoptó líneas de acción que no pueden explicarse o reducirse únicamente a aspectos vinculados a su conformación social; en este sentido, la lógica de la Rural no fue un reflejo especular de la lógica de los terratenientes, sino que estuvo animada por una dinámica propia. Lo propiamente organizacional generó restricciones a las actividades de fomento agrícola, a la vez que

⁶⁸ Emilio Coni: “La ciencia y la técnica en la agricultura argentina”, en *Revista de Economía Argentina*, año XVI, tomo XXXI, nro. 183, septiembre de 1933, pp. 207-208.

⁶⁹ El hecho de que el Museo estuviese orientado preferentemente hacia el público de la ciudad de Buenos Aires es indicativo de sus dificultades para articularse con las demandas de los productores. Desde esta perspectiva, el Museo parece una muestra, más que del desinterés de la SRA por la agricultura, de las dificultades que debía afrontar para encauzarla.

multiplicó las oportunidades en lo que se refería a la ganadería, lo que condujo a la Rural a sostener una práctica y un discurso que privilegiaba ostensiblemente a la ganadería. Con todo, la expansión agrícola fue veloz y sostenida.

Para finalizar, es oportuno señalar que este hecho —el arrollador avance de una agricultura mecanizada pero poco sofisticada—, quizás permita reconsiderar, en un nuevo contexto, algunas de las afirmaciones de la visión tradicional del sector rural pampeano, que insistió en que la distinción entre las actividades ganaderas y las agrícolas estaba fuertemente dominada por razones de índole cultural. Para esta visión, la ganadería habría quedado en manos de los grandes terratenientes nucleados en la Sociedad Rural, que habrían mostrado desprecio o indiferencia por la agricultura. Que esto no era así lo indica, como hemos visto, el intento de la Sociedad de hacer tareas de fomento y extensión en la agricultura. Pero estos emprendimientos no le permitieron estrechar la distancia entre su visión de la agricultura deseable y las prácticas agrícolas existentes, y ya en la primera década del siglo, llevó al fracaso sus intentos de extensión, sin que los ruralistas tuvieran siempre clara conciencia de las razones del mismo.

Ello sin duda contribuyó a que, a partir de entonces, la Rural se recostase todavía más sobre las actividades ganaderas, y que intentase explicar esta situación a partir de una clave que señalaba como causa —al igual que en muchas otras denuncias contemporáneas—, el atraso cultural de los agricultores, en particular de aquellos chacareros que veía incapaces de advertir la urgencia de sus recomendaciones. El lamento de Bengolea porque “todos son chacareros” indicaba este problema, y a la vez, la imposibilidad práctica no sólo de superarlo, sino también de pensarlo con los instrumentos conceptuales que el saber agronómico europeo o norteamericano ponía a disposición de estos grandes propietarios que eran a la vez intelectuales del mundo rural. El abismo entre la importancia de la Sociedad Rural como uno de los principales modernizadores de una ganadería que para el Centenario podía igualarse con orgullo a las mejores del mundo, y su modesto lugar en una expansión agrícola que, a pesar de su mecanización, nunca perdió del todo su rusticidad, terminó por conformar una difundida imagen en la que la ganadería aparecía como una tarea superior y más prestigiosa, y por tanto, más adecuada para estancieros modernos e innovadores.

Este dato hizo que la Sociedad Rural fuese más atractiva para los productores que se dedicaban más plenamente a la ganadería, y contribuyó a definir ese perfil de socio como el dominante. Ello no impidió, sin embargo, que sus miembros se dedicasen a las tareas agrícolas, pero el primitivismo técnico que la dominaba, así como la importancia de la presencia numérica de figuras subalternas, muchas de ellas extranjeras, en esa rama —pequeños y medianos arrendatarios, medieros, etc.— hacía ciertamente difícil edificar criterios sociales y productivos que distinguiesen claramente a los grandes de la Rural del resto del mundo agrícola. Como es sabido, el “rey del trigo” no era un socio de la Rural, sino un inmigrante italiano, Giuseppe Guazzone. Incluso en los concursos, en los que se premiaba a los mejores productores, esta confusión estaba presente, y nombres como Alvear y Santamarina apare-

cen mezclados con otros, ignotos, que los socios de la Rural preferían no ver nunca juntos. En más de una ocasión, también, estancieros de gran prestigio social sufrieron lo que seguramente creían verdaderas humillaciones a manos de productores que no consideraban sus iguales: en 1903, por ejemplo, Giuseppe Broggi superó a Carlos Guerrero. Con estos resultados, las exposiciones agrícolas difícilmente podían convertirse en la “escuela prestigiosa [...] como ya lo eran y siguen siéndolo, dentro de nuestra gran industria zootécnica, las exposiciones ganaderas”, que la Sociedad Rural reclamaba.⁷⁰ Esta confusión social, esta inversión de las jerarquías, no podía dejar de estar presente en la imagen que los ruralistas se hacían de la agricultura, y sus aristas negativas fueron demasiadas como para reivindicar ese mundo como plenamente propio.

En cambio, esa distinción sí fue posible en la ganadería, y dentro de ella, especialmente en la cabaña, la actividad productiva más sofisticada y elitista, tarea que —independientemente de las cuestiones ligadas a la rentabilidad de cada una de las ramas de la producción rural— aunaba la distinción social y la calidad de empresario moderno. Por esta razón, la figura del gran estanciero miembro de la Sociedad Rural, portador de estas atribuciones, únicamente podía legitimarse con referencia a estas prácticas. La ganadería, y dentro de ella la producción de reproductores, y no la agricultura, era la actividad a partir de la cual un estanciero se clasificaba como tal. Ciencia, técnica y ganadería pudieron aunarse de una forma que en la agricultura siempre fue imposible, haciendo de esta articulación el núcleo básico de la figura del estanciero innovador y vanguardista.

Como resultado de esta situación, las prácticas agrícolas de los asociados a la Rural se vieron afectadas por la imagen que veía en ellas tareas inferiores y sencillas, y por tanto, indignas de ser exhibidas ampliamente. Esto contribuyó a que, en poco tiempo, el fracaso de la agricultura en la Sociedad Rural se relativizara y cubriera con un manto de piadoso olvido. La siempre proclamada y siempre frustrada necesidad de redención de la agricultura se anudó a la descalificación de que era objeto la práctica agrícola existente, al mismo tiempo que la potenciaba. A partir de la certeza ampliamente difundida de que sólo una profunda transformación de la estructura de la propiedad rural que crease una amplia clase de propietarios de pequeñas explotaciones mixtas podía regenerarla y elevarla, pero también de la afirmación igualmente decisiva de que esa muchas veces deseada subdivisión de la propiedad rural no podía hacerse en desmedro de los intereses de los grandes propietarios, la visión que indicaba que la agricultura era *per se* un elemento catalizador de la modernización económica y la transformación social del medio rural, que la Sociedad había sostenido en sus primeras décadas de vida, ya estaba perimida en sus rasgos básicos en el Centenario, conformando “un noble sueño que no logró hacerse realidad.”⁷¹

⁷⁰ *Anales*, año XL, vol. XXXIX, nro. 3, 31/5/1904, p. 126.

⁷¹ Tulio Halperin Donghi: “Canción de otoño...”, p. 257.

El proyecto de división de la propiedad rural nunca iba a lograr concitar siquiera la militancia activa de quienes supuestamente se iban a beneficiar con ella, por lo que la relación entre modernización y agricultura se hizo cada vez más ambigua y tenue; cuando en 1908 Daireaux y Gibson hicieron un balance de los formidables cambios productivos y sociales que había experimentado la pampa argentina en apenas medio siglo, ya señalaban que este proceso no se había fundado en una civilización nueva que brotara del arado, sino que había tenido su punta de lanza en la modernización de la ganadería.⁷² De su lugar de motor ideal de la transformación de la campaña, la agricultura había pasado a uno mucho más modesto de retaguardia. En consecuencia, más que una expresión del tradicionalismo de los ruralistas, el rechazo de la agricultura y la exaltación de la ganadería eran un testimonio fiel de su modernidad, así como de su búsqueda de prestigio y distinción.

Para la Sociedad Rural, la imposibilidad de incorporar plenamente a la agricultura, neutralizando sus aristas de irreductible diferencia —social, técnica y cultural—, no fue ajena a la pérdida de confianza en la capacidad renovadora del cultivo, y ello la hacía parte de esa mirada de “tono sombrío” que campeaba en los analistas de la agricultura pampeana. Esta pérdida incluso llevó a que en los intentos de reactualización de la tradición ruralista, que venían a responder a los aspectos indeseados de la transformación agraria en esas primeras décadas del siglo, la figura del agricultor inmigrante fuese mirada con creciente recelo, y en el límite, que su misma presencia fuese negada. Así, en el *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, escrito a mediados de la década del veinte, cuando la agricultura llevaba adelante la última etapa de su notable expansión, la descripción de un mundo rural que se postula pleno de armonía se organiza a partir de un conjunto de relaciones entre los hombres del que toda referencia a los cultivadores está significativamente ausente. Al analizar la obra de Güiraldes, un amigo suyo, Jorge Luis Borges, señaló este anacronismo: “ya la chacra y el gringo están ahí, pero Güiraldes los ignora.”⁷³ Este hecho tranquilizador no era, sin duda, un olvido casual o una excepción solitaria de un escritor cuya familia había pertenecido a la Sociedad desde fines de la década de 1860, dándole dos presidentes, y que, además, había vivido largos períodos en la estancia familiar. Si existía alguna peculiaridad en esta visión sobre el agro pampeano que pretendía conjurar la presencia de lo indeseable, no se refería al tratamiento del mundo agrícola. Porque incluso en esta forma extrema, la exclusión del cultivo tomaba todo su sustento de una mirada más amplia, en la que reinaba soberano uno de los núcleos ideológicos básicos que conformaban la identidad institucional de la gran corporación ruralista: la superioridad intrínseca de la ganadería y su apoteosis, la imagen del ganadero aristócrata y su toro premiado en la pista central de Palermo.

⁷² Godofredo Daireaux: “La estancia...”, y Heriberto Gibson: “La evolución ganadera”, también en *Censo Agropecuario Nacional, Tomo III, La ganadería y la agricultura en 1908*.

⁷³ Jorge Luis Borges, en *Sur*, nro. 235, julio-agosto de 1955, pp. 88-89, citado en Beatriz Sarlo: *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, p. 36.

